

EL TRABAJO COGNITIVO EN EL PENSAMIENTO OPERAISTA ITALIANO

Xavier Cava Gómez

Universidad de Barcelona

Resumen:

Uno de los efectos más destacados de la globalización económica es la transformación de la naturaleza del trabajo. Desde la perspectiva teórica del operaismo se ha puesto el acento en la dimensión comunicativa y cognitiva que en la actualidad caracteriza a la mayor parte de modalidades de prestación laboral. Autores como Paolo Virno, Andrea Fumagalli o Franco Berardi emplean la expresión *trabajo cognitivo* para referirse al ejercicio de un conjunto de habilidades y disposiciones que, más que caracterizar una forma específica de trabajo, constituyen una parte cada vez más importante de la naturaleza misma de la fuerza de trabajo en general.

Palabras clave:

Operaismo, trabajo cognitivo, postfordismo, producción inmaterial, general intellect.

Abstract:

One of the most remarkable effects of economic globalization is the change on the nature of work. From the theoretical perspective of operaism, the emphasis is on the communicative and cognitive dimension that characterizes most of the work performance today. Writers as Paolo Virno, Andrea Fumagalli or Franco Berardi use the term *cognitive work* to refer to the exercise of a set of skills and dispositions that not allude to a specific kind of work, but an increasingly important part of the very nature of work in general.

Keywords:

Operaism, cognitive work, postfordism, immaterial production, general intellect.

Recibido: 11/10/2012

Aceptado: 05/11/2012

TRABAJO Y POSTFORDISMO EN LA PERSPECTIVA OPERAISTA

El objeto de este artículo es el intento, por parte de un determinado conjunto de pensadores, de determinar algunas de las características particulares que configuran una parte del trabajo bajo las condiciones productivas específicas de la llamada Tercera Revolución Industrial. Existe una amplísima literatura referida a las especificidades de la estructura en la que el capitalismo se empieza a configurar a partir de la década de los 70 del pasado siglo, así como sobre su incidencia en la configuración de una nueva mentalidad trabajadora, tanto a nivel individual como colectivo. Hemos seleccionado las aportaciones de un grupo de autores provenientes de la escuela marxista italiana, cuyo principal tema de estudio ha sido y es la relación entre el capital y el trabajo contemporáneos. En gran medida nuestro interés por su aproximación se debe a que, sin abandonar el espíritu crítico y emancipatorio que siempre ha animado la mejor tradición marxista, en la actualidad llevan a cabo un gran esfuerzo para adaptar sus categorías a las específicas condiciones materiales y formales en las que se organiza el núcleo más desarrollado del capitalismo en las últimas décadas. En ese esfuerzo renovador no dudan, en algunas ocasiones, en “llevar a Marx más allá de Marx”.

El movimiento en el que se formaron estos autores fue el denominado “operaismo” italiano, una corriente que tuvo su principal impulso a finales de los años 60 y durante parte de los 70, básicamente en las zonas más industrializadas del norte de Italia. En lo teórico combinaban una interpretación bastante heterodoxa del marxismo con elementos de la tradición teórica anarquista; en lo político, participaron activamente en las luchas obreras que sacudieron el panorama italiano del momento, motivo por el que algunos de ellos acabaron en prisión o se vieron obligados a exiliarse a otros países. La intensa represión policial, junto con las profundas transformaciones económicas, sociales y tecnológicas que experimentaron los países occidentales a partir de los años 70 provocaron el declive del movimiento. A pesar de ello, una parte de los pensadores operaistas continuaron su labor teórica de análisis del capitalismo, dentro o fuera de la academia.

De esta manera, hacia finales de los 90 y principios del presente siglo su pensamiento empezó a converger hacia el estudio de las novedades que presentaba el capitalismo en la Tercera Revolución Industrial y en sus efectos sobre la subjetividad trabajadora. En sus orígenes el operaismo se había caracterizado por una consideración dialéctica entre trabajo y capital, según la cual era el capital el que tendía a reaccionar y adaptarse frente a la capacidad de lucha y dinamismo del trabajo, al que concebían como la fuerza auténticamente activa. Al tomar en consideración sus obras más tardías parece claro que los operaistas no abandonan totalmente esta idea, pero se ven obligados a matizarla mucho ante la evidencia de que la difusión y aplicación generalizadas de las innovaciones tecnológicas, el

crecimiento de la complejidad social y la dificultad en plantear un control efectivo sobre las instituciones económicas contemporáneas socavan la aspiración a que el trabajador, individual o colectivamente, recobre el grado mínimo de libertad para poder decidir sobre su propia vida de forma autónoma.

El método que vamos a seguir es el análisis comparativo de la obra más reciente de estos autores, en concreto la parte dedicada a lo que denominan trabajo cognitivo (en ocasiones también trabajo inmaterial, o incluso infotrabajo). Como veremos, este es un concepto complejo y de difícil definición, cuya discusión va a ocupar nuestra atención a lo largo de las siguientes páginas. Ante todo hay que apuntar su ambigüedad. El trabajo cognitivo puede hacer referencia a un tipo específico de prestación laboral llevado a cabo en unas condiciones y en unos ámbitos productivos más o menos determinables: en este caso podría ser fácilmente caracterizado. Pero en la mayoría de ocasiones los operaistas (y recurriremos a esta expresión por comodidad, sin presuponer con ello que el operismo pervive como movimiento) no lo emplean en esta acepción. Por lo general, cuando hablan del trabajo cognitivo lo hacen en un sentido más amplio, aludiendo a ciertos rasgos generales presentes en la mayor parte de modalidades en las que se hace efectivo el trabajo en la actualidad. Esos rasgos pueden ser determinados principalmente desde dos ámbitos. Por un lado, desde las condiciones materiales, tecnológicas y organizativas particulares que configuran la novedad del sistema productivo contemporáneo, y que exigen unas determinadas disposiciones por parte de los trabajadores y son causa al mismo tiempo de unas patologías muy específicas. Por el otro lado, desde el proceso que los operaistas consideran como una de las claves del postfordismo o nuevo capitalismo: la utilización del inagotable flujo de información y comunicación humana que circula por la sociedad gracias a las tecnologías de la información, que acaba resultando una externalidad que permite generar un nuevo tipo de plusvalía muy difícil de cuantificar. Un flujo comunicativo que en su mayor parte no es generado por el propio proceso productivo, sino en su exterior, en lo que algunos operaistas denominan “vida común de la mente” o inteligencia colectiva: la red interconectada de conocimientos, códigos comunicativos, prácticas lingüísticas, relaciones sociales y sentimientos en continua circulación e intercambio.

Creemos que el estudio del trabajo cognitivo desde esta perspectiva resultará ser enormemente revelador para comprender las particularidades del trabajo en general bajo las actuales condiciones de producción. Para justificar esto nos apoyamos en la idea de que la mayor parte de formas de prestación laboral actuales (quizá con la excepción de las modalidades más toscas de trabajo manual que aún subsisten en muchas zonas del planeta) se ven afectadas en mayor o menor grado por las características que nuestros autores asocian al trabajo cognitivo, de tal manera que este vendría a recuperar en la actualidad el papel arquetípico que para el capitalismo fordista-taylorista cumplió el trabajo fabril.

Nuestra intención en definitiva es dar cuenta de la configuración contemporánea del trabajo, tal como la plantean los tres autores que consideramos más característicos: Paolo Virno, Franco Berardi y Andrea Fumagalli. Antes de empezar, creemos oportuno contextualizar el momento histórico en el que escriben sobre la cuestión que vamos a tratar: el final de la década de los 90 y los inicios del nuevo siglo son la época del auge y crisis de las dot.com, la llamada burbuja tecnológica, y del mayor impacto que las nuevas tecnologías causaron sobre el imaginario colectivo. Es también la etapa previa a la gran crisis del 2008, crisis obliga a una revisión de muchos planteamientos teóricos para poder dar cuenta de sus efectos a medio y largo plazo sobre la posterior configuración del capitalismo y del trabajo. Entendemos sin embargo que todo esto no invalida en absoluto el interés de la contribución de los operaistas al estudio de la cuestión. Como análisis de un determinado momento de la historia del capitalismo, esa contribución es extraordinariamente valiosa y sugerente. Como diagnóstico de algunas de las tendencias que podrían influir en su desarrollo futuro, intuimos (y eso es a lo máximo a lo que podemos aspirar en la actual situación histórica) que con probabilidad será igualmente útil.

BREVE CONTEXTUALIZACIÓN DEL TRABAJO COGNITIVO.

Los autores operaistas aluden con frecuencia al postfordismo para indicar la nueva fase del desarrollo histórico del capitalismo, y que es consecuencia de la Tercera Revolución Industrial. Esta nueva configuración de su estructura es altamente compleja, puesto que combina mecanismos productivos que han sobrevivido al declive del modelo fordista-taylorista, con otros que aparentan ser su negación, e incluso con algunos cuyas características específicas son totalmente novedosas. Son estos últimos rasgos específicos y sus consecuencias en la reorganización del trabajo lo que interesa a nuestros autores: aquellos elementos que conforman la parte más desarrollada del modelo productivo dominante, la que condiciona la tendencia evolutiva del período histórico con el que tratan. Es a partir de aquí que en el análisis de su obra vamos a tomar en consideración los rasgos más distintivos del trabajo en ese nuevo modelo capitalista al que denominan postfordismo, aquellos en los que se presenta la especificidad de la nueva organización de la fuerza de trabajo. La razón para este interés es la creencia de que este nuevo modelo productivo se ha convertido en hegemónico y determina el conjunto de la estructura productiva capitalista incluso en sus elementos más arcaicos, de la misma manera que condiciona tanto a las condiciones laborales como a los trabajadores que están sometidos a ellas, bien sea en los despachos de los *brokers* de la City londinense, bien sea en una maquila mexicana.

Los principales rasgos que diferencian este “nuevo” capitalismo de las etapas anteriores (muy sumariamente enumerados: estructura empresarial en red,

fragmentación del proceso productivo, flexibilidad de la gestión, producción y distribución, desterritorialización y dispersión entre zonas de muy variado desarrollo tecnológico y productivo, predominio de la producción inmaterial sobre la material, dependencia de las tecnologías de la comunicación) inciden en mayor o menor grado en la composición de la práctica totalidad de la fuerza de trabajo globalizada, en la(s) manera(s) en la que esa fuerza es apropiada por el sistema productivo, y en las condiciones en las que tiene lugar, con independencia del tipo de trabajo que lleve a cabo. Pero los operaistas entienden que esa incidencia es más evidente y profunda en los contextos productivos más avanzados del nuevo sistema productivo, en especial los directamente relacionados con la producción inmaterial. Es por ello que su foco de atención tiende por lo general a centrarse en esos ámbitos.

Al respecto, comentábamos más arriba la necesidad de distinguir entre el trabajo cognitivo entendido como una categoría general que describe el empleo extensivo e intensivo de ciertas características de la fuerza de trabajo más allá de las puramente mecánicas (y en este sentido se diferenciaría del trabajo manual y se acercaría al trabajo intelectual, sin identificarse plenamente con él), y un conjunto específico de prestaciones laborales ligado a los ámbitos productivos más directamente relacionados con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. En ocasiones hemos detectado una cierta confusión entre ambos debido a un uso poco preciso del término “trabajo cognitivo” por parte de los operaistas. Pero podemos afirmar que, por lo general, cuando lo emplean hacen referencia a la primera acepción, y por tanto es esta la que vamos a tomar como eje del análisis.

El punto de partida por tanto es la naturaleza de este nuevo modelo de trabajo, analizando qué rasgos lo constituyen y justifican a los operaistas para describirlo como trabajo cognitivo. Es obvio que sus características y las condiciones (técnicas, sociales, personales, jurídicas, etc.) en las que se lleva a cabo están estrechamente ligadas, pero para clarificar la exposición vamos a tratarlas por separado. También es cierto que un análisis pormenorizado de este tipo de trabajo está fuera de nuestro alcance, por lo que nos vamos a limitar a exponer aquellos rasgos que los operaistas destacan como más determinantes, y sobre todo a destacar algunas de las consideraciones teóricas que entendemos más significativas. Sin embargo, esperamos poder acabar alcanzando al menos una idea preliminar de lo que es el trabajo cognitivo.

DEL TRABAJO INTELECTUAL ESPECIALIZADO AL LENGUAJE “PUESTO A TRABAJAR”

En cierto sentido el trabajo cognitivo existe desde siempre. Por un lado en todo trabajo manual, incluso el más elemental o repetitivo, está actuando la inteligencia de alguna forma. Por el otro, en toda sociedad ha sido siempre necesario dedicar una parte de los esfuerzos y capacidades de sus miembros a tareas de planificación y coordinación del trabajo social, a la administración de lo común; por no hablar de la

transmisión del saber compartido, el tratamiento y cuidado de enfermos y ancianos, el mantenimiento de la cohesión social, etc. Esta dimensión de la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual, separación que se incrementa a medida que se acentúa la división social del trabajo, las tareas se especializan y la sociedad se complejiza, ha sido considerada ampliamente en la teoría. Pero al desarrollar la noción de trabajo cognitivo los operaistas van más allá de esa distinción, pues entienden que la categoría de trabajo intelectual no da cuenta de algunos elementos que se han incorporado a la esfera del trabajo en el postfordismo, y que tradicionalmente habían formado parte de la esfera privada, o si se prefiere de la "vida". Para los operaistas va a ser necesario tomar en consideración la estructura difusa de comunicación y cooperación social que subyace a toda la sociedad, estructura que por un lado ha alcanzado una presencia determinante con el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información, y por el otro se ha imbricado en el mismo proceso productivo.

Hasta hace unas décadas la mayor parte del trabajo intelectual era exterior al sistema productivo, en el sentido de que, o bien era formalmente ajeno a él, o bien se orientaba hacia su planificación, colocándose "por encima" suyo en un sentido jerárquico. Las figuras que más fácilmente podríamos reconocer en él (científicos, políticos, artistas, periodistas, etc.) no solo no producían bienes materiales, sino que trabajaban de forma separada respecto al proceso productivo en sentido estricto. Tan solo la industria del entretenimiento, ámbito muy particular que cabría considerar a caballo entre la producción material y la inmaterial, podría escaparse de esta limitación; y aún así hay que hacer notar que hasta la revolución tecnológica de los 70 estaba sometida a unas restricciones técnicas (como que la mayor parte de sus productos no pudiesen ser consumidos más que una vez y en unas condiciones muy específicas: teatros, cines, pantallas de televisión, etc.) que dificultaban el recurso a un concepto tan aceptado hoy día como el de mercancía inmaterial.

Lo específico del trabajo cognitivo en el sentido que le dan nuestros autores es que es trabajo intelectual que no se limita a gestionar la producción, sino que está integrado en ella; más aún, es en sí mismo productivo. Se constituye como el empleo intensivo de la inteligencia humana con un resultado y, eventualmente, un fin directamente productivos. La capacidad cognitiva se ha convertido en la práctica en el principal recurso generador de riqueza en las actuales condiciones de producción: la mente participa en el trabajo en tanto gestión, pero sobre todo en tanto capacidad comunicativa que crea, que innova, que añade valor. La comunicación social penetra en y es penetrada por los mecanismos productivos, a los que modifica y genera otros nuevos. Paolo Virno lo enuncia así:

La principal novedad del postfordismo es haber puesto a trabajar el lenguaje. La comunicación social se ha convertido en la materia prima, el

instrumento y a menudo, el resultado final de la producción contemporánea. (VIRNO, 2003b, 38).

Por lo que respecta al sistema productivo esto tiene dos consecuencias. La primera es el desarrollo de un nuevo ámbito económico centrado en la producción inmaterial, en una actividad productiva orientada básicamente a lo que los operaistas denominan creación de estados mentales. La segunda es la subordinación de los mecanismos de producción material a los propios de la producción inmaterial. Para describirlo de una forma más palpable: la cadena de montaje se somete a la digitalización y a la comunicación en red. El resultado más inmediato para amplios segmentos de la población obrera fabril, sobre todo en los países tecnológicamente más avanzados, es que la distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual se difumina: el operario que controla la cadena pasa la mayor parte de su tiempo frente a una pantalla de ordenador, recibiendo y procesando *inputs* de información, y de forma cada vez más extendida, participando él mismo en el diseño de lo producido.

Más allá de la reestructuración de los procesos productivos de la fábrica, la supeditación de las estructuras de la producción material a las de la inmaterial no se explica como un simple cambio organizativo. Para Franco Berardi,

[...] a partir de determinado momento de la historia de la producción social, todo ha empezado a girar en torno a la mente, a las actividades cognoscitivas, al intercambio de signos entre mentes distantes, a la cooperación entre mentes en el trabajo. (BERARDI, 2003, 102).

Aunque Berardi se centra específicamente en el trabajo cognitivo en la red global, su reflexión abarca el conjunto del sistema productivo capitalista contemporáneo. Subyacente a su análisis de las características que definen el nuevo rostro del capitalismo hay una idea no planteada explícitamente, idea que también planea por las obras de los otros autores, y que solo sale a la luz al comparar sus respectivas obras. Y es la de que las muy variadas formas de prestación laboral existentes en ese nuevo sistema productivo están todas ellas sometidas a un efecto homogeneizador, cuya causa es la incorporación (en diferentes planos e intensidades) de los elementos que caracterizan el trabajo cognitivo. Así, es posible considerar que este nuevo modelo de trabajo tiende a ejercer un cierto papel hegemónico, en la medida en la que esos elementos colonizan las diferentes prestaciones laborales y las modifican (lo que no significa afirmar que las transformen totalmente).

Por supuesto esto no implica que niegue la permanencia, e incluso en determinadas circunstancias la intensificación, del trabajo manual en sus formas más toscas: cadenas de montaje no automatizadas, manufacturas basadas en la explotación intensiva de la fuerza de trabajo física, etc. A nuestro entender, el interés operaista por el trabajo cognitivo radica en el convencimiento de que su teórica tendencia hegemónica tiene un carácter cualitativo. Por un lado es una tendencia que sería impulsada por los requerimientos organizativos y productivos del modelo

emergente característico del capitalismo postfordista; lo que significa que el trabajo cognitivo es uno de los elementos definitorios del paradigma productivo dominante. Por el otro, y precisamente porque esas nuevas formas de organización, producción y distribución se extienden por todo el sistema capitalista y condicionan de forma directa o indirecta todos y cada uno de sus segmentos, los operaistas sostienen que al menos una parte de los rasgos definitorios del trabajo cognitivo tienden a manifestarse de forma más o menos completa en la mayor parte de modalidades de trabajo.

GENERAL INTELLECT Y VIRTUOSISMO.

A continuación vamos a considerar dos cuestiones que pueden iluminar la concepción de fondo desde la que se levanta el esfuerzo analítico de nuestros autores en torno al trabajo cognitivo. La primera se refiere al concepto de *general intellect*, que aparece en el llamado “fragmento de las máquinas” de los *Grundrisse* de Marx. La segunda trata sobre la noción de virtuosismo que desarrolla Paolo Virno a partir de la crítica de la distinción entre praxis y poiesis de Hannah Arendt.

La referencia al *general intellect* está presente en prácticamente todos los teóricos operaistas, y desde sus orígenes es uno de los *leit-motiv* compartidos que contribuyen a dotar de coherencia al conjunto de sus respectivas obras. Mediante esta fórmula Marx describe el hipotético estadio final del desarrollo del capital en tanto potencia materializada del saber humano. Si bien Marx acierta de forma notable en su prognosis respecto a la manera en la que concluye ese desarrollo, no sucede igual en la deducción de sus consecuencias respecto al trabajo. En síntesis, su idea es que a medida que la ciencia y la técnica se despliegan bajo el impulso del capital, se convierten en la principal fuerza productiva; el capital tiende a reducir su necesidad de trabajo vivo y a desarrollarse cada vez más como saber objetivado (en maquinaria, medios de transporte y de comunicación, etc.). Pero este desarrollo del saber y de la técnica no puede tener lugar de forma independiente, sino que va acompañado necesariamente de un desarrollo del conjunto de la sociedad:

El desarrollo del capital fijo muestra en qué grado el saber social general, el conocimiento [knowledge], se ha transformado en fuerza productiva inmediata, y por lo tanto hasta qué punto las condiciones del propio proceso vital de la sociedad han pasado a ser controladas por la inteligencia general [general intellect], al igual que son remodeladas de acuerdo a ella. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas, no sólo bajo la forma del saber, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso real de la vida. (Marx, 2007).

La implantación del conocimiento como principal fuerza productiva, su subordinación al proceso vital del conjunto de la sociedad, y la consecuente reducción de la explotación de los trabajadores al ser sustituida su fuerza de trabajo por el trabajo automatizado de las máquinas, debían señalar según este fragmento el

camino sin retorno hacia una sociedad comunista. El tiempo ha dado la razón a Marx solo en parte. Es cierto que se ha producido una disminución de la cantidad e importancia del trabajo manual en la mayor parte de países más industrializados; pero ha ido acompañada de un incremento paralelo del trabajo terciarizado e intelectual. Y lo que es más importante para nuestros autores, mientras Marx identificaba el saber social general básicamente con la ciencia, en el capitalismo contemporáneo la expresión se debe tomar en su literalidad: lo que se convierte en fuerza productiva directa es el conjunto interconectado de conocimientos, prácticas lingüísticas y formas de comunicación presentes en la praxis social. El proceso vital de la sociedad tiende a ser subordinado al proceso productivo.

La esencia del *general intellect* o intelecto público es el intelecto en tanto facultad humana genérica: el pensamiento convertido en resorte principal de la producción de riqueza. Un pensamiento que no es individual y privado, sino que, exteriorizado como comunicación, se materializa en la esfera pública, concebida en sentido amplio. Mientras la organización del proceso productivo fordista mantenía al saber separado de la acción mediante la división técnica y jerárquica de las tareas productivas, esa actividad comunicativa que constituye la esencia actual del *general intellect* gira alrededor de la participación común y concertada de la vida de la mente, en el hecho de compartir socialmente unas disposiciones comunicativas y cognitivas universales. Y si Marx asociaba el *general intellect* básicamente con el sistema de máquinas, es decir, lo concebía como capacidad científica objetivada en su aplicación técnica, como trabajo muerto, hoy podemos ver que sobre todo es atributo del trabajo vivo: es comunicación, autorreflexión, abstracción, entabladas entre sujetos vivos y cooperantes. La misma tendencia en el desarrollo del sistema capitalista requiere que una parte de ese conocimiento no quede coagulada en capital fijo, sino que se expanda en la interacción comunicativa de toda la sociedad. El intelecto público se materializa en la cooperación, la acción coordinada de los sujetos, la competencia comunicativa de los trabajadores, que constituyen la esencia del trabajo cognitivo. Para Virno,

El general intellect comprende los lenguajes artificiales, las teorías de la información y de sistemas, toda la gama de cualificaciones en materia de comunicación, los saberes locales, los 'juegos lingüísticos' informales e incluso determinadas preocupaciones éticas. En los procesos de trabajo contemporáneos, hay constelaciones enteras de conceptos que funcionan por sí mismas como 'máquinas' productivas, sin necesidad de un cuerpo mecánico, ni siquiera de una pequeña alma electrónica. (VIRNO, 2003b, 85).

Si esta idea es cierta, se debería evitar el reduccionismo de identificar el ejercicio del trabajo cognitivo con figuras como las del informático, el investigador o el trabajador de la industria cultural. Para nuestros autores, lo que define al trabajo cognitivo es esa cualidad distintiva presente en la práctica totalidad de la fuerza de

trabajo de la época postfordista: el hecho de que la información y la comunicación dominan el proceso productivo, de que el lenguaje “se pone a trabajar”. Se trata de una conexión entre saber y producción que va más allá de su materialización en capital fijo y que se articula en todas las formas de saber que estructuran la comunicación social, y que a través de esa articulación condiciona la actividad de la gran mayoría de trabajadores. Precisamente por su imbricación con la comunicación social, afirman los operaistas, una parte importante de los conocimientos que moviliza el *general intellect* y que son apropiados por la esfera productiva no pueden quedar solidificados en el propio sistema (como saber objetivado), sino que solo existen como interacción comunicativa en el interior de la fuerza de trabajo. Es sobre esta idea que se articulan nociones como la de *cognitariado* de Berardi, o la de *intelectualidad de masas* de Virno.

La segunda reflexión se centra en un rasgo concreto que este último autor otorga al trabajo cognitivo: el virtuosismo. Una palabra extraña en este contexto, que de entrada podría dar pie a malentendidos. Virno define el trabajo *virtuoso* como aquel cuya finalidad está en sí mismo: por ejemplo el trabajo que realiza un músico al interpretar una pieza, un actor con su representación, o un político con su discurso. Este tipo de tareas no se objetiva en un producto externo, sino que se consume en la propia actividad: en otras palabras, la actividad es el medio y el fin al mismo tiempo. Además es una tarea que de una manera u otra requiere un público, la presencia de alguien que, de forma activa o pasiva, comparta o participe de esa actividad; por tanto presupone también la existencia de un espacio público en el que tener lugar. Para Virno ambos rasgos (acto cuyo *telos* se encuentra en su propia consumación, y naturaleza pública o compartida) contribuyen a distinguir el trabajo cognitivo del trabajo en sentido tradicional. Puesto que, como no deja de insistir, en el sistema postfordista la comunicación y el lenguaje pasan a configurar el núcleo generador de riqueza en la nueva estructura productiva, la forma dominante en la que se modela el trabajo está consecuentemente determinada por esos rasgos. Al fin y al cabo, subraya Virno, si existe una actividad que por definición tiene en sí misma su finalidad y a la vez es pública, se trata de la comunicación lingüística.

De esta manera el virtuosismo, en el sentido preciso que Virno le da, condiciona a la totalidad del trabajo cognitivo:

Se podría decir que, en la organización del trabajo postfordista, la actividad sin obra, de ser un caso especial y problemático (...), se convierte en el prototipo del trabajo asalariado. Esto no significa, naturalmente, que no se produzcan más carcasas de máquinas, sino que, en una parte creciente de las tareas laborales, el cumplimiento de la acción es interior a la acción misma -es decir, no consiste en dar lugar a un producto semielaborado independiente. (VIRNO, 2003a, 62).

Ahora bien, si un actor necesita de un papel para llevar a cabo su trabajo, o un político requiere un discurso o un debate público, ¿qué instrumento requiere en general el trabajo cognitivo para hacerse efectivo? Necesita del *intelecto* en tanto facultad humana genérica colectiva: precisamente el *general intellect* definido por Marx, el pensamiento compartido socialmente, y convertido en resorte principal de la producción de riqueza. Notemos que mediante este concepto Virno no se refiere al conjunto de conocimientos almacenado por la especie, sino de la pura y simple facultad de pensar en común:

El virtuosismo consiste en modular, articular y variar el general intellect. (...) El pensamiento deja de ser una actividad interior y se transforma en algo exterior y público, ya que irrumpe en el proceso productivo. (VIRNO, 2003a, 65).

Y más adelante:

El general intellect exige una acción virtuosa -en sentido llano, una acción política- justamente porque una parte suya no se vuelca en el sistema de máquinas sino que se manifiesta en la actividad directa del trabajo vivo, en su cooperación lingüística. (VIRNO, 2003a, 67).

La referencia a la acción política no es gratuita. Virno se apoya en la distinción planteada por Aristóteles entre praxis (acción en sentido eminentemente político) y poiesis (trabajo), y en la idea de Hannah Arendt de que la praxis se ha visto "contaminada" a lo largo del siglo XX por elementos propios de la poiesis (tecnificación, imposición de objetivos externos a la propia acción, reducción a lógica medios/fines, etc.). Pero en opinión de Virno, lo que caracteriza al postfordismo es la inversión de esa tendencia, de manera que son los rasgos de la acción política los que se trasvasan al trabajo cognitivo: a los ya citados de ser una actividad cuyo fin está en sí misma y de tener un carácter público, se suman otros como la capacidad creativa ("introducir novedad en el mundo", si se nos permite la expresión), la improvisación, la capacidad comunicativa o la disposición para decidir entre posibilidades alternativas, todos ellos reconocibles como elementos definitorios de la praxis. Como conclusión, Virno señala que el trabajo cognitivo se constituye en gran medida en oposición al trabajo tradicional: los rasgos distintivos que lo diferencian de las formas pretéritas de trabajo lo hacen aparecer como no-trabajo, o cuanto menos, como trabajo que camufla su propia naturaleza. Y esta es una de las razones que explican la dificultad para establecer una definición precisa del trabajo cognitivo.

LA REESTRUCTURACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO.

La ausencia de una formulación estricta no es obstáculo para los operaistas en su esfuerzo por ilustrar la manera en la que el trabajo cognitivo condiciona la fuerza laboral en general. Su idea de partida aquí es que la tendencia expansiva del trabajo

cognitivo y su estrecha vinculación a la organización productiva del postfordismo empujan hacia una reconfiguración de buena parte de la fuerza de trabajo en general. Es esta idea la que por ejemplo lleva a Berardi (2003, 102) a hablar de una “evolución cultural, psíquica, que afecta a la fuerza de trabajo, a la percepción misma de la actividad”. Tendencia que también es destacada por Virno: recuperando a Marx, recuerda que la fuerza de trabajo no se identifica con el trabajo en acto, sino con la capacidad para llevarlo a cabo, es decir el trabajo concebido como potencia, encarnada (literalmente) y dispuesta para hacerse efectiva en los cuerpos y las mentes de los seres humanos. En esta potencia

no está prescrito un tipo particular de actividad laboral, sino que alude a tareas de cualquier tipo, desde la fabricación de una cortina hasta la cosecha de peras (sic); desde el parloteo incesante de un fanático del chat hasta la corrección de pruebas de un libro de texto. Fuerza de trabajo es la suma de todas las aptitudes físicas e intelectuales que residen en la corporalidad. (VIRNO, 2003a, 83).

Solo en la actual época postfordista, sentencia Virno, la fuerza de trabajo ha llegado a estar plenamente a la altura de su concepto, pues es ahora cuando realmente engloba todas las facultades humanas: no solo las puramente físicas y mecánicas, sino también la competencia lingüística, la memoria, la creatividad, la sociabilidad, etc. La estructura productiva puede así disponer de todas ellas para, combinada con la automatización de la producción material, extraer un rendimiento mucho mayor del que se derivaba de la explotación puramente mecánica de la fuerza de trabajo.

Esto no significa que las capacidades cognitivas no fuesen utilizadas anteriormente. Pero mientras el modelo productivo capitalista clásico se basaba en la expropiación de la inteligencia y la creatividad del trabajador, e implicaba una sumisión a jerarquías, normas y protocolos que dejaban la capacidad de iniciativa personal en un segundo plano, el nuevo modelo pone a trabajar las facultades cognitivas de forma activa, creativa, al tiempo que convierte en fuente de valor incluso los gustos, los intereses y las peculiaridades de cada individuo.

Por tanto la fuerza de trabajo contemporánea engloba prácticamente la totalidad de las facultades humanas; pero Virno recuerda que hablamos de esas facultades en potencia, y que en la práctica su actualización está siempre subordinada a las necesidades de la producción. Lo que significa que solo para una parte de la fuerza de trabajo hay una posibilidad verdadera de desarrollar sus capacidades en el seno del trabajo; y esto incluso dentro de unos límites. Para el resto, el empleo de las capacidades sociales comunicativas tienen lugar en diferentes grados de restricción, sometidas a pautas y rutinas productivas más o menos rígidas. O bien simplemente no se ejecutan: la emergencia del trabajo cognitivo no significa que haya desaparecido el trabajo asalariado “clásico”, identificado sobre todo con la imagen de

la cadena de montaje y la presencia física en la fábrica. Este más bien se ha dispersado en las periferias del planeta, o ha quedado limitado a ámbitos productivos anticuados localizados en zonas industriales deprimidas. Lo que es cierto es que ha perdido su importancia, su posición central (material y simbólica) en el proceso productivo. Las antiguas formas de organización y socialización obrera centradas en la fábrica se han disuelto, y su reorganización en las regiones de nueva industrialización de la periferia es prácticamente imposible a causa de la velocidad y volatilidad de los procesos productivos y organizativos, impulsados tanto por la tecnología telemática como por el dominio del elemento financiero de la economía. El declive del trabajo manual fabril se manifiesta en

...el desempleo provocado por las inversiones (y no por su ausencia), la flexibilidad como regla despótica, las prejubilaciones, la gestión del crecimiento del tiempo libre como escasez de trabajo a tiempo completo, la reedición de ordenamientos productivos relativamente “primitivos” al lado de sectores novedosos y prósperos, la restauración de arcaísmos disciplinarios para controlar a individuos ya no sometidos a los preceptos del sistema de fábricas. (VIRNO, 2003b, 55).

Tanto la emigración del trabajo fabril a regiones alejadas de las sociedades más enriquecidas, como la posibilidad cada vez más evidente de que éstas últimas se consoliden como “sociedades de los dos tercios” (dos tercios de ciudadanos con trabajo más o menos estable, un tercio de parados, precarios y excluidos) son el trasfondo en el que se enmarca y contextualiza el trabajo cognitivo. Una primera conclusión es que éste no es un modelo específico de prestación laboral hacia el que vayan a converger tarde o temprano el resto de formas de trabajo, desde las más arcaicas hasta las más avanzadas. Por el contrario, la tendencia que parece imponerse es la de una coexistencia de todas ellas, eso sí, bajo el tamiz cohesionador del trabajo cognitivo, configurado como un conjunto de características presentes transversalmente y en cierta forma homogeneizadoras. Fumagalli (2010, 200) lo sintetiza así:

En el contexto actual, la forma abstracta que asume el trabajo es la del trabajo cognitivo, manifiesta en las distintas modalidades del trabajo digital. Debido a su naturaleza abstracta, el concepto de trabajo cognitivo asume diferentes formas; precisamente en ellas, es posible observar numerosas diferencias (...) que constituyen la principal característica del mercado de trabajo actual.

LA SUBSUNCIÓN DE LA VIDA POR EL TRABAJO.

La estrecha relación entre trabajo y comunicación social que caracteriza al trabajo cognitivo tiene una consecuencia clave para los operaistas: la difuminación de la separación entre trabajo y vida. Fumagalli entiende que la subsunción de la vida por el trabajo, aunque especialmente aguda y evidente en el trabajo autónomo, tiene

lugar en todo tipo de prestación laboral y determina al conjunto de la fuerza de trabajo y las actuales condiciones de vida de los trabajadores bajo el capitalismo. Esta última idea es compartida por el resto de operaistas, si bien inciden en ella desde diferentes perspectivas.

La flexibilidad de las condiciones de trabajo es sin duda la causa más evidente que explica la supeditación de la vida al trabajo, y el trabajo autónomo es el ejemplo paradigmático de esta tendencia. La ausencia de horarios estables supone una mayor libertad para gestionar el propio tiempo de trabajo, pero también la pérdida de la protección que implicaba el contrato fijo: el trabajador ya no está “obligado” a dejar de trabajar al concluir su jornada laboral, simplemente porque esa jornada ya no existe como un segmento de tiempo diferenciado del resto de su tiempo de vida. Lo mismo sucede respecto al lugar de trabajo: el fin de la obligación a realizar la prestación laboral en un lugar determinado tiene como contraparte que cualquier lugar puede ser el lugar de trabajo (una cafetería, un parque público, el propio dormitorio...).

Pero esto no es exclusivo del trabajo autónomo. La flexibilización de las condiciones laborales en el trabajo asalariado y la proliferación de una diversidad de formas de trabajo precarias, como ya hemos visto, extiende esta situación de forma creciente al conjunto de la fuerza laboral. Los contratos por obra realizada, la organización de las rutinas laborales en función de objetivos y ya no en función de una jornada laboral estable, etc. son ejemplos de los mecanismos jurídicos y organizativos que empujan a los trabajadores a destinar cada vez más tiempo (incluso fuera del horario laboral “oficial”), y más energías en el cumplimiento de sus obligaciones. Berardi ilustra esto recurriendo a la figura del móvil, al que poco menos que otorga la función del nuevo panóptico de la sociedad contemporánea:

El teléfono de bolsillo es probablemente el artefacto tecnológico que mejor ilustra esta forma de dependencia reticular. El móvil, que la mayor parte de los trabajadores tiene encendido incluso en las horas en las que no trabaja, desempeña una función decisiva en la organización del trabajo como empresa formalmente autónoma y realmente dependiente.

Y un poco más adelante:

En cierto sentido el móvil es la realización del sueño del capital, que consiste en chupar hasta el último átomo de tiempo productivo en el preciso momento en el que el ciclo productivo lo necesita, de forma que pueda disponer de toda la jornada del trabajador pagando solo los momentos en los que es celularizado. (BERARDI, 2003, 76).

Por otro lado la incorporación del trabajo doméstico y de cuidado al mercado de trabajo remunerado añade una dimensión totalmente nueva a la comunión entre trabajo y vida, y no solo por la confusión de espacio y tiempo de trabajo (prestación en el hogar del contratante, horarios extenuantes y excesivos), sino porque el tipo de

prestación incluye tareas de reproducción que forman parte del núcleo de lo que hasta ahora se consideraba vida privada, y que va más allá de las “tradicionales” (del trabajo de “canguro” a la limpieza del hogar) para incluir tareas como la atención y compañía a personas solas.

Todas estas cuestiones, directamente derivadas de las condiciones materiales en las que se lleva a cabo el trabajo cognitivo, revelan la dimensión más explícita de la fusión entre trabajo y vida; pero no son las únicas, y quizá no las más determinantes. La naturaleza en sí del trabajo cognitivo, y la manera en la que el capital explota esa naturaleza particular, parecen ser para los operaistas factores mucho más influyentes. En la quinta de las diez tesis con las que Virno concluye *Gramática de la multitud* se remite de nuevo a la idea del *General Intellect* para explicar la pérdida de diferencia cualitativa entre tiempo de trabajo y de no-trabajo. En tanto el trabajo cognitivo está ligado a la “vida de la mente” y a la sociabilidad de los trabajadores en general, el trabajo deja de ser una praxis particular y realizada de forma separada del resto de actividades humanas:

Trabajo y no-trabajo desarrollan idéntica productividad, basada sobre el ejercicio de facultades humanas genéricas: lenguaje, memoria, sociabilidad, inclinaciones éticas y estéticas, capacidad de abstracción y aprendizaje. (VIRNO, 2003a, 108).

Incluso cuando no está trabajando oficialmente, el trabajador cognitivo sigue produciendo, al mantenerse partícipe del flujo comunicativo y social que integra el conjunto de la sociedad actual: la cooperación productiva de la que forma parte es más amplia y rica que la simple realización del proceso laboral. Para aclarar esta idea, Virno recurre a la distinción de Marx entre “tiempo de trabajo” y “tiempo de producción”. Marx la ilustra describiendo el trabajo del agricultor que, en la época de la siembra, se esforzaba por limpiar el campo y plantar la semilla: ese era el tiempo de trabajo. Unos meses después ese trabajo daba sus frutos, y el campo aparecía rebosante de trigo (tiempo de producción). Aunque el origen de la cosecha era el trabajo del agricultor, el momento en el que se hacía efectivo estaba separado del momento en el que se realizaba. Sobre esta idea, Virno argumenta que

En el postfordismo el tiempo de producción comprende el tiempo de no-trabajo, la cooperación social que radica en él. Denomino por eso “tiempo de producción” a la unidad indisoluble de vida retribuida y vida no retribuida, trabajo y no-trabajo, cooperación social emergida y cooperación social sumergida. El tiempo de trabajo es sólo un componente, y no necesariamente el más relevante, del tiempo de producción así acordado. (VIRNO, 2003a, 110).

Para Virno, esto obliga a replantear el concepto de plusvalor, que ya no se basaría únicamente en la diferencia entre el trabajo necesario (que reintegra al capitalista el gasto al adquirir la fuerza de trabajo) y el total de la jornada laboral, sino que

también incluiría la diferencia entre tiempo de producción (y en él, el tiempo de no-trabajo que está realmente produciendo) y tiempo de trabajo.

Esta tesis es muy interesante, pero también bastante etérea. Virno no aporta ningún argumento sólido o algún ejemplo que pueda explicar cómo “produce” el tiempo de no-trabajo. Y aunque intuitivamente da la impresión de que realmente está señalando uno de los núcleos esenciales del nuevo capitalismo, se echa de menos una mayor concreción en la propuesta que permita su contrastación empírica.

Cuanto menos esta idea nos conduce a un tema muy cercano, el de la crisis del criterio temporal como medida para la valorización del trabajo. El declive del modelo productivo fordista-taylorista conduce, entre otras consecuencias, a que el contrato estable, basado en una jornada laboral rígida y la adscripción al mismo lugar de trabajo de por vida, pierde paulativamente su función paradigmática en beneficio de modalidades de contratación más flexibles, de entre las que el trabajo autónomo es la figura emergente. Al mismo tiempo la vinculación del trabajo cognitivo a la cooperación social, al flujo comunicativo que lo conecta prácticamente todo, señala para los operaistas que su “productividad” es ahora de carácter intensivo antes que extensivo, o cuanto menos, que seguir evaluándola en términos básicamente cuantitativos es un arcaísmo. Virno habla del “*peso puramente residual del tiempo de trabajo en la producción de riqueza*”, y por su parte Berardi (2003, 125) lo detalla respecto al trabajo en la red (infoproducción):

Los factores que determinan la producción no son ya cuantificables. El trabajo cognitivo no puede ser calculado en términos de tiempo secuencial, porque su productividad es discontinua y aleatoria. La esfera del ciberespacio -a diferencia de la de las mercancías materiales- es una esfera en expansión ilimitada. Si no se puede calcular su valor global, no puede calcularse tampoco el valor relativo de cada fragmento. El tiempo de trabajo para reproducir un signo-mercancía puede ser irrisorio -por ejemplo, para copiar un programa informático-, o puede ser enorme -por ejemplo, para producir un programa informático.

La paradoja es que, aunque la tendencia productiva va en dirección contraria, el tiempo se mantiene hoy día como el principal sistema de medida para valorar el trabajo cognitivo. Pero no se trata de una inercia del pasado, y tampoco se limita a ser un mecanismo disciplinario para perpetuar la dominación sobre una parte de la masa de trabajadores. Dejando de lado que en ciertos sectores económicos el tiempo de trabajo sigue siendo un factor crucial (sin ir más lejos, el trabajo de cuidado), la cuestión principal está en la diferencia entre productividad y valorización del capital. Al sostener un mecanismo de valoración en base al tiempo de trabajo en lugar del tiempo de producción, el capital logra dos objetivos: incrementar sin coste añadido la tasa de plusvalía que extrae del trabajo, y reproducir un criterio artificial mediante el que ajustar la escala de retribución a los límites de la reproducción de la fuerza de trabajo.

SÍNTESIS

Vamos a sintetizar finalmente las cuestiones que consideramos más relevantes de la reflexión operaista en torno al trabajo cognitivo. Mediante esta expresión los operaistas intentan describir las principales características que estarían conformando un nuevo paradigma del trabajo, y que configurarían tanto la naturaleza de ese trabajo como las condiciones en las que se lleva a cabo. Muchas de esas características se definen por oposición a las que dominaban el antiguo modelo de trabajo fordista-taylorista; otras representan una auténtica novedad histórica; y algunas manifiestan una ambigüedad en su naturaleza que complica notablemente la definición. Un caso especialmente ejemplar de esto último es esa imprecisa hibridación entre el ámbito del trabajo y el de la vida, especialmente en cuanto los operaistas atribuyen una de sus causas principales en la misma naturaleza de la sociedad de la información.

¿Por qué el principal esfuerzo interpretativo del operismo se orienta hacia el trabajo cognitivo, y no hacia el trabajo en general? A nuestro juicio la razón es que en el trabajo cognitivo creen detectar de forma sintetizada las principales claves que definen la esencia de la fuerza de trabajo en el capitalismo contemporáneo. Aunque en la actualidad coexisten una gran diversidad de modalidades de prestación laboral a lo largo y ancho del sistema productivo global (quizá el más diversificado que haya existido hasta ahora), en opinión de los operaistas prácticamente todas ellas son afectadas, en mayor o menor medida, por algunas de las características que identifican al trabajo como “cognitivo”.

Para los operaistas el trabajo cognitivo es trabajo intelectual directamente productivo. Es trabajo intelectual en tanto tiene que ver con el conocimiento y uso de saberes, habilidades comunicativas y sistemas de información de todo tipo; pero a diferencia del trabajo intelectual clásico, no se limita a tareas de coordinación y gestión de la producción, sino que también genera bienes (producción inmaterial) y/o añade valor a las mercancías materiales. En expresión de Paolo Virno, es *lenguaje puesto a trabajar*.

Hemos visto cómo vinculan el trabajo cognitivo a un concepto acuñado por Marx, y que actualizan y aplican al presente: el *general intellect*. Hace referencia a la inteligencia o pensamiento colectivos, materializados en forma de información circulante por todos los mecanismos comunicativos existentes en la sociedad. El *general intellect* es la comunicación convertida en fuerza productiva. Esta idea es la que permite entender la afirmación operaista de que el capitalismo postfordista convierte la comunicación y el lenguaje en sus principales fuentes de producción. Ahora bien, por nuestra parte debemos matizar que a pesar de su capacidad evocadora y su potencia filosófica, la noción de *general intellect* es de difícil

concreción, y quizá necesitaría ser acompañada de un estudio más sistemático en su relación con el trabajo.

Con esto en mente es posible entender mejor algunas de las características mediante las que los operaistas describen el trabajo cognitivo: creatividad, capacidad de improvisación, autonomía, iniciativa personal o habilidades comunicativas, entre las más destacadas. Apuntan a un tipo de actividad intensamente socializada, caracterizada en términos generales por la cooperación, la flexibilidad y la proyección hacia el exterior (en lo que se refiere a la disposición del trabajador, pero también a la naturaleza del propio trabajo), y que no se limita al ámbito laboral: en realidad se origina principalmente fuera del sistema productivo, que la aprovecha como una externalidad enormemente productiva.

Ahora bien, encontramos una gran dificultad al tratar de plasmar en la práctica una idea tan general como es la del trabajo cognitivo. Excepto en los ámbitos productivos más avanzados y desarrollados del postfordismo, como pueden ser los relacionados con las nuevas tecnologías de la información, resulta complicado hallar ejemplos concretos en los que se materialice el trabajo cognitivo, en los que se haga visible como una actividad práctica. Y aquí no basta con aludir a su naturaleza genérica para soslayar el problema: creemos que es necesaria una mayor concreción para poder profundizar en su estudio. A pesar de coincidir en la mayor parte de sus propuestas teóricas, nuestra conclusión es que el planteamiento operaista es excesivamente abstracto y muy dependiente de una concepción culturalista del capitalismo y su relación con la sociedad. Aunque no ignoran la importancia que tiene la producción material, en la práctica la relegan a un segundo plano. Esto puede justificarse en tanto el interés del trabajo cognitivo y la producción inmaterial reclama un análisis específico, sobre todo debido a su novedad histórica. Pero al hacerlo puede caerse en la tendencia a exagerar su importancia y su papel real en el conjunto del sistema productivo postfordista, como podría ser el caso de nuestros autores. A pesar de todo, entendemos que el estudio operaista aporta argumentos válidos y muy interesantes para sentar las bases de una futura fundamentación del concepto de trabajo cognitivo, que a su vez debería aportar herramientas para el estudio de los nuevos mecanismos de explotación capitalista.

BIBLIOGRAFÍA

- BERARDI, Franco. (2003). *La fábrica de la infelicidad*. Madrid: Traficantes de sueños. (Original italiano: *La fabbrica dell'infelicità: new economy e movimento del cognitariato*. Roma: Derive Approdi, 2001).
- FUMAGALLI, Andrea. (2010). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*. Madrid: Traficantes de sueños.

MARX, Carl. (2007). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (Grundrisse) 1857-1858. Madrid: Siglo XXI.

VIRNO, Paolo. (2003a). *Gramática de la multitud*. Madrid: Traficantes de sueños, 2003.

VIRNO, Paolo. (2003b). *Virtuosismo y revolución*. Madrid: Traficantes de sueños, 2003.